

Nació en Izalco el 10 de Abril de 1939  
Ha publicado, en la rama de cuento: **De  
Perros y Hombres** (1966). Tiene inédito:  
**El Ausente no sale** (1969)

Aparece en la Antología de narradores  
de lengua española publicada en España  
por la Editorial Prometeo de Valencia  
Dicha selección la hizo Vicente Blasco  
Ibañez Tartosa En Bulgaria apareció re-  
cientemente un libro suyo traducido al  
búlgaro **Expulsados del Paraíso**.

En poesía, sus libros más importantes  
son **Todo el Códice**, (Ediciones Cultura  
Hispanica, Colección Leopoldo Panero,  
Madrid 1968), **Códice Liberado** (Colec-  
ción Adonais, Madrid, 1968), **Náufrago  
Genuino**, (Dirección de Publicaciones,  
San Salvador, 1969), **Los Días Enemigos**,  
(Editorial Universitaria, San Salvador,  
1965)

Teatro: **Las Escenas Cumbres** (Editorial  
Universitaria, Colección Contemporá-  
neos, San Salvador, 1967)



**José  
Roberto  
Cea**

## EL AUSENTE NO SALE

“Dicen que los martirizo por mero gozo, por autosuficiencia, por sádico. Si supieran la verdad, la única verdad, ni siquiera se les ocurriría eso. Pero hay tal incomunicación entre nosotros que por más esfuerzos que realicemos, no estamos preparados para enterarnos de todo. Sé que mi hermana hace lo imposible por hacerme feliz, lo mismo mi madre, pero ello no basta, pues no entienden lo demás, creen que soy de esa especie de hombres que no saben cuidarse. Sus actitudes son explicable: son para que los vecinos no murmuren y me tengan por algo grande. Seré grande, no hay duda, pero para lograrlo tengo que recorrer mucho, muchísimo camino, cuestión que no comprenden, creen que está bien con seguir en lo que estoy; piensan que ello es suficiente para tener seguridad y calma en mi conciencia. Lo que me ha tocado es duro, ¡durísimo! ¡Qué le vamos hacer! ¡cada quien en-lo-suyo. Por ejemplo, a mi padre le tocó vanagloriarse de mí ante sus amigos, eso no hay cómo cambiarlo. Mi madre ser la temerosa de siempre. Mi hermana la que no sabe a ciencia cierta qué es, qué hacer, cómo conducirse, salvo para espíarme y ver en qué me ayuda; pero por su costumbre de llamar con nombre simbólico a muchas cosas —sobre todo mi labor— le cuesta comunicarse. El resto de familiares son un muro, un silencio, sombras, oscuridad impenetrable. Todos estamos a la intemperie, expuestos, y cada uno busca su salvación. Cada uno trata de hallar la salida personal y no la del resto.”

Entonces llegué y le pregunté qué hacía. Me contestó que meditaba. “Te veo raro” —le insistí— pero él nuevamente dijo que sólo meditaba y que no me preocupara. Yo sé que él se dio cuenta que no me había convencido, pero siguió en su actitud, sin darle mucha importancia a mi presencia. Traté de regresar al presente el inicio de la cuestión. Me acordé de la frase. Nadie sabía a quién iba dirigida, pero él la sintió revolotear en su cerebro y no se apartó de ella. Fue entonces que se le ocurrió coleccionar mariposas. Hizo magníficas colecciones de ellas. Su gozo era mostrarlas. Al principio el ambiente nos resultó duro, pero a fuerza de tenerlo cerca nos acostumbramos. Además con ello no molestaba a nadie, las mariposas son tan bellas, tan fáciles de cuidar, tan poco espacio que ocupan y tienen otras gracias que sería largo enumerar. En cambio, si coleccionaba peces nos acarrearía múltiples problemas. Los peces, al sacarlos del agua ponen unos ojos de niño perdido, y el agua, al sentirse sin ellos, suelta unas lágrimas de niña abandonada. Esto entristece a cualquiera y le deja una melancolía redonda, definitiva, que parte el alma. En vista de eso le aconsejé que coleccionara pájaros, pero al instante nos dimos cuenta de la inconveniencia, pues las jaulas tenían que ser de diversos estilos para que la monotonía no alcanzara el ambiente; además era necesario inventar recipientes donde guardar los trinos de los pájaros. En vista de esos problemas, fue que se decidió por las mariposas, consiguió hermosos ejemplares que eran admirados por todos. No había ser viviente de la región que no hablara de ellas en todas partes. Lo que ignorábamos era cómo obtenía aquellas bellezas, pero ahí estaban, y cada vez más extraordinarias, fantásticas, únicas.

Toda la casa estaba impregnada de su quehacer. Nadie ignoraba sus andanzas. Aunque él anduviese fuera del hogar, su atmósfera quedaba ahí. Estábamos pendientes de su salida y llegada; nos exaltaba pensar que regresaría con nuevos hallazgos. La familia no dejaba de pensar en qué terminaría aquello. Muchas veces pensé que todo era un sueño, un cuento de hadas o una saga irlandesa. Es que hasta él nos llegaba por momentos como una mariposilla.

Al principio nos asustamos, sobre todo que el muchacho está en edad de soñar, y tanto lío pudo hacerle daño. “Se les puede hacer loco” —decía la gente— “Ese muchacho está en la edad de cuidarse” “Eso de que se ilusione mucho es malo, muy malo”. Oír tantos decires de las gentes me molestaba. Es que una es tan fácil de sorprender y como en casa todos teníamos miedo, la situación era propicia para el abatimiento.

Fui fácil presa de la angustia. Para salir de su cenagal recurrí a mi madre, ella estaba igual. Ya éramos dos las angustiadas, éramos dos las perdidas en largos laberintos jamás recorridos. De esto nadie decía nada por temor a la burla, pese a que en casa todos estábamos en un callejón sin salida, en un pozo de angustia inconfesable. Bastaba que nos viéramos a los ojos, en ellos se reflejaba la ansiedad por salir de nuestra situación.

Cuando él oyó la frase, pasó varios días ausente de nosotros. Nos miraba como si nada. Nos dijimos que él tenía que entender y así fue. Una mañana se me acercó y me dijo lo que había pensado hacer. Fue cuando discutimos lo de las ocupaciones y qué clase de ellas era la más apropiada para la situación. Después de mucho discutir se decidió por las mariposas.

Por los corredores de la casa caminábamos en puntillas, temíamos que por una u otra razón, él hubiese dejado abandonada una de sus bellezas y se la estropeáramos. Era un suplicio vivir en aquella casa, pero en algo teníamos que colaborar sus familiares, éramos los únicos que podíamos comprender la situación.

El seguía coleccionando mariposas, era su única preocupación, nosotros lo alentábamos a que continuara en ello. Era de mucha importancia para él realizar su labor, así lo decía a cada momento.

De su situación no nos dimos cuenta directamente por él, sino por medio de su profesor de música. Bien grabada tengo la escena cuando vino a casa el profesor a comunicarnos su hallazgo: “Señora —le dijo a mi madre— su hijo es un muchacho precoz, es todo un artista, me atrevo a asegurar que es un genio”. Mi madre se asustó, yo también, al instante nos comunicamos con mi padre que se encontraba en la oficina. “Pero mujer —le contestó— si eso no quiere decir que es loco, ten la seguridad de que eso es bueno para nosotros, va que en él nos miraremos muy orgullosos, sólo así puede continuar, como hasta hoy, nuestra prosapia”. “Pero ” —titubeó mi madre— “Nada de peros, mujer, cálmate que ya llegaré” —respondió mi padre— “¡Qué! ¡Qué dices? No ¿Y por qué nos van a ver mal? Si un artista es un artista aquí y donde quiera. No insistas en lo de loco, que locos son los que creen que el artista es loco. Cálmate, va llegaré y charlaré con el profesor”. Y cortó la comunicación telefónica. Mi madre, tratando de calmarse, siguió platicando

con el profesor de música y con el profesor de matemáticas que lo acompañaba; a mí esa compañía me pareció rara, sospechosa, ya que el arte y las matemáticas ¡Se dicen tantas cosas! Pero ahí estaban los dos profesores afirmando lo mismo: “el muchacho es precoz, casi llega al genio podemos afirmar” En casa nos asustamos de veras, sólo mi padre guardó la entereza de siempre, por algo estudió en Europa. Nos mandó a calmar asegurando que él comprobaría que estábamos llenas de temor, casi al borde del pánico, por algo de poca importancia .

El vecindario está pendiente de lo que pasa. Eso de que en un hogar como el nuestro haya un genio, y en las circunstancias que lo tenemos, no es de todos los días ni de todos los hogares. Por momentos la situación es tensa, nos pone los nervios de punta, nos saca de quicio, y él como si nada. La atmósfera cargante, y él como si nada, siempre en su quehacer, seguro, sin desviarse un milímetro de la ruta que se ha trazado. Que le ha tocado, dice él ¡Tiene una voluntad de hierro que espanta! En cierto modo él y yo, somos como los árabes de la tienda de la esquina. Por las tardes, cuando el sol entra por la ventana, el árabe se sienta en su viejo sillón cubierto con piel de venado y se pone a cantar en árabe una canción antigua, nostálgica, bellísima pero perdida. Una canción de amor pero sin rumbo fijo. Una canción de retorno a la patria pero ciega. Cuando la ha cantado muchas veces se va quedando dormido con la canción en los labios y la canta en sueños. De pronto se despierta y llora. Lloro mucho y dice que está abandonado en el desierto, y lo dice en árabe, luego lo repite en nuestra lengua más o menos inteligible. El resto lo sé por su mujer que está reuniendo dinero para regresar a su tierra con su marido. “El sólo canta o recuerda, luego llora, en eso diluye su desesperación, su inconformidad, su nostalgia por el reino perdido —me dice—, no hace nada verdaderamente serio para regresar a nuestra tierra” Termina de decir esto y ella también se pone a llorar. “Para coger fuerzas y seguir luchando —agrega— para regresar de veras .” A esa tierra lejana que sólo ven en sueños, que sólo les sirve para recordar, para tener nostalgia como salvación, un asidero para seguir luchando, para cantar y seguir llorando. Es posible que esa tierra de los árabes de la tienda de la esquina no sea tan bella como la nuestra, pero ellos de tanta nostalgia la han embellecido de tal manera que, cuando estén en ella, si es que llegan, no les guste y regresen para seguir soñando. “Cada llegar es un principio” —dice mi padre, luego agrega: “Y buscar no es escapar; desear no es salir huyendo . cada sueño es una parte de realidad que nos falta” Mi padre sabe lo que dice, eso nos da confianza y hace que no padezcamos con demasía la situación; aunque haya momentos difíciles, éstos luego pasan y todo vuelve a su ritmo habitual .

Una mañana, él regresó de sus andanzas con un hermoso ejemplar, fue corriendo directamente hacia mí para mostrármelo. Era el colmo de la belleza. Me transportó a lugares soñados. El parecía satisfecho, pero luego empezó a ponerle reparos, le reproché su actitud, pero al instante le encontraba nueva imperfección; hasta que lo dejó abandonado, inerme. Desde ese momento él cayó en un estado deplorable, nada de sus colecciones le satisfacía. Pasaba largas horas encerrado en su habitación revisándolas. Cuando salían se le notaba cansado, como si hubiese caminado mucho. Esos días fueron terribles para nosotros, hasta mi padre perdía por momentos su habitual compostura .

Mi hermano, como al principio, ausente de nosotros, como que la frase lo molestaba nuevamente. Todos tratábamos de hacerle bien, de satisfacer hasta el mínimo deseo, pero él ausente de nosotros, perdido, alejado. De golpe las maiposas no le satisfacían para nada, pero no se atrevía a destruir sus colecciones, como que lo ataban a algo. El sufría y con eso también nos hacía padecer a nosotros. Nuevamente, nuestro hogar era un pozo de angustia, un laberinto, un desierto, y mi hermano era el salvador, la luz, el misterio que tenía la llave de la calma, de la felicidad. Pero había que sufrir y esperar. Había que esperar y sufrir. Mientras tanto era necesario ayudarlo a que se encontrara, a que hallara el nuevo camino. “¿Qué camino?” —decía él. Y francamente, ni nosotros sabíamos qué camino era, ni por qué lo llamábamos así. Pero algo, allá lejos, en el fondo, entre sueño y vigilia, intuíamos el hallazgo que había desaparecer los muros; que mi hermano iba, de un momento a otro, a mostrarnos la llave del escape.

Largo fue el padecimiento pero salimos de él. Salimos y salió, porque no hay duda que él padece más que nosotros, pues es la víctima y el victimario, aunque diga que sus fantasmas son distintos.

## SIEMPRE EL RETORNO

“Siempre me sucede voy a casa. Regreso a mi antiguo hogar y empiezo a recorrer los viejos sitios, los queridos sitios familiares que me vuelven la paz, que me retornan el sosiego interior. Voy al comedor que usamos para las grandes ocasiones y gozo al verlo tal como siempre: en su lugar, exacto, con sus servicios puestos, preciosos. Eso me entrega una seguridad, un saberme bien, un reencontrarme en la vía segura del orden que siempre insinuaron las cosas de mis padres.

El mundo de mis padres es algo tan seguro, tan inamovible, tan perfecto, tan estable, que me reconforta, me hace partícipe central de un sosiego no encontrado en otro sitio.

Cuando me siento morir, cuando estoy agonizante, cuando el vértigo de mi alrededor está a punto de consumirme, es que recurro a este mundo. Apacible mundo, dulce, amable mundo que me vuelve el vigor, el sabor de vivir, de seguir en la vida. No quiero morir de saudade, por eso retorno siempre. No quiero que esto desaparezca sin que mis ojos se hayan posado en ellos muchas veces, infinidad de veces, sobre este polvo suave, seguro y penetrante que cubre el mundo de mi casa, de mi antigua casa, de mi casa de siempre que vigilan mis padres desde sus fantasmas, desde sus espíritus que moran aquí. Aquí, donde mi vida ha transcurrido y transcurre mejor.

Allá donde habito esto es desconocido. Esto no tiene nombre, es cual-

quier cosa. Uno se puede quedar mirando sin mirar el horizonte y nadie dice nada ni el horizonte dice nada y nadie se preocupa. ¿Qué es un hombre con tanta historia a cuestas? ¿Qué es un hombre que ha dejado suspendido en el aire su pasado? ¿Que tiene presente su pasado? ¿Que es perpetuo presente su pasado? Nadie se fija en él para ayudarlo, mucho menos para salvarlo. Todos lo ven pasar o detenerse como un bicho raro, fuera de onda.”

El, nunca antes había meditado por qué regresaba a ese sitio, no se preguntaba por qué esa constante en su vida. Él no podía compartir nada, no sabía ceder. Hoy, donde desarrolla su vida, tenía que saber de solidaridad, de repartirse, de comprender la necesidad de darse a los otros que no sólo pueden dar. Ellos no piden, pero se cansan de sólo entregar, siempre dar y nunca recibir.

El seguía pasando sus dedos finos por el borde de la mesa. Sus dedos hacían caminitos limpios bordeados de polvo amarillento y fino. Sus ojos húmedos ya se habían acostumbrado a la suave penumbra de la habitación. Las telarañas que colgaban del techo se reflejaban sobre los objetos del suelo gracias a la mortecina luz que aparecía por una teja de vidrio que señalaba el centro de aquel salón. A él se le pegaron unas telas de araña en la cara y se las quitó con cuidado, con movimientos sinuosos, lentos. Recordó la lectura que esa tarde le había insinuado retornar a la casa de sus antepasados y la dijo en voz baja, casi mentalmente:

“ Y como todo está al revés, hasta la llave de la vida, la noche da vueltas en la cerradura. Aquí es de día, pleno y cerrado día. Afuera gruñe el silencio de todos los rumores, de todos los rumores.”

La última frase le dio vueltas en la cabeza por mucho tiempo.

Siguió recorriendo con sus dedos los bordes de la mesa. Tomó un poco de polvillo con las yemas de los dedos y lo tiró al vacío. La luz que bajaba por la teja de vidrio del techo se nubló un poco. Él siguió recorriendo los bordes de la mesa hasta que llegó a su punto de partida. Fue a la ventana y limpió el vidrio verduzco del centro. Luego quitó el seguro de la puerta, la abrió para que entrara el aire suave del patio. En eso estaba cuando llegó ella y le dijo que ya se había aburrido de esperar en el vehículo. Ella se acostumbró a los viajes de él a la casa y cada vez que lo acompañaba siempre se aburría. Hacían lo mismo: ella se quedaba en el vehículo y él entraba a recorrer sus sitios, sus queridos sitios.

Los dos estaban frente a la ventana.

—Mira, mira ahí. ¿Ves?

—Sí. Ella mueve la cabeza afirmativamente.

—Bien, ¿qué me dices?

—No sé. Ella se encoge de hombros.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Olvidarnos.

—¿Olvidamos?

—Sí

—No puedo. No podemos. No está bien olvidar. ¿Qué es el olvido? Nada. Y la nada no está bien. Es morir.

—Mejor vámonos, es preferible. La mujer lo tomó de la chaqueta marrón.

—No. No es preferible irnos para mí. Aquí vengo a vivir. Esto me da vida, por eso no la vendo.

—Pero es que

—Tú no entiendes, ni podrás entender.

Ella estaba aburrída y dispuesta a la discusión. Él ya lo sabía y mejor calló. Cerró los ojos y siguió pensando para mejor olvidarse. No quería discusión. Como siempre la evadía para no ceder, para no entregar nada.

“Ella no entiende, ella quiere que deje estos ambientes, ella quiere que abandone mi niñez, que deje a un lado este sitio que me hace vivir, que me retorna a la vida. Esta casa, este vestigio colonial que queda en esta calle y ciudad no puede desaparecer así, como por encanto; lo que debo hacer es cuidarla siempre, cuidarla. Esta casa es mi ser. Aquí, como raíz de vida, está enterrado mi cordón umbilical. De él parto hacia el resto de la historia.”

—No te quedes así. —le dijo ella.

—Es que tú no entiendes. —dijo él como saliendo de un sueño.

—Nadie te ha entendido nunca. Y ella salió del salón dando un portazo que estremeció toda la casa.

“Ahora tiene que esperarme en el vehículo. No sé por qué a ella la veo más lejana de mí, cada día siento que está en el otro extremo de mi vida. Siempre me grita lo mismo: “¡vende esa casa y construye una en la zona residencial, donde vive la gente que sabe vivir bien!” Lo mismo dicen sus padres que viven en esa zona. Yo estoy muy pegado a esta casa, más que al sitio donde actualmente vivo, aunque sea un lugar que difiere muy poco de aquí que es mi lugar.”

Ella está impregnada del ruido de las máquinas que hacen las telas y las camisas en la fábrica de sus padres. Yo estoy más cerca de la hierba que del aceite, estoy más cerca de la albahaca que del asfalto. Quizás me he quedado atrás de este tiempo de máquinas. Quizás no he caminado nada, pero allá tengo miedo; me siento como en el aire, como si el cielo se me viene encima. Aquello es el infierno, pero tengo que estar ahí, y cuando se me acaba el aire, cuando me siento al borde del abismo, a la orilla de la nada, tengo que regresar aquí. Aquí me verifico, aquí es la fuente de mi eterna juventud. Esto me purifica, me lava los pecados, me señala que existo.”

Las sirenas de los bomberos despedazaron la suavidad y el silencio de la tarde. Las gentes vecinas del lugar gritaban desesperadas que adentro de la casa había un hombre. Ella, su mujer, trató de entrar a la casa, pero los bomberos

la detuvieron “Está histérica” —dijo uno de los jefes que dirigían la acción “Yo sólo quise asustarlo” —gimió ella. Los bomberos conectaron las mangueras a los hidrantes y empezaron a echar agua sobre la casa envuelta en humaredas y llamas .

## EL PRESIDARIO

Este silencio no es como los anteriores. Lo siento más denso, profundo. No hay duda que en él están todos los silencios habidos en este lugar. Si por alguna extraña coincidencia el más leve viento se cruzara por aquí, se sentiría como que de nuevo el mundo está siendo creado. No se oye ni el paso de una hormiga. ¿Qué será allá afuera? ¿Día o noche? Aquí siempre es noche. El poco de luz que se siente es cuando traen el agua y la comida. Los únicos pasos que se oyen son los míos y los de éste, que hoy se le ha ocurrido echarse a dormir, esta vez ni ronca. Últimamente le ha dado por desesperarse. Y trató de calmarlo pero es imposible; hasta que las fuerzas lo abandonan deja de refunfuñar. Más de una vez me ha contagiado y los dos parecemos fieras enjauladas. Es que al verse y sentirse con estas cadenas no se puede menos. ¿Cómo no van a dar ganas si las tenemos asidas de los tobillos y los brazos? Mi atadura empieza en el tobillo derecho, recorre unos sesenta centímetros y se afianza en el izquierdo, de ahí parte hacia su tobillo derecho para continuar al izquierdo. Este encadenamiento recibe otros eslabones desde nuestros brazos; a él se le desprende de su brazo derecho y a mí del brazo izquierdo. Estas arrias de hierro eslabonado tienen como centro de gravedad una bola de acero que yo calculo pesa unas treinta libras, pero mi compañero de cadenas y jaula afirma que cuarenta, la verdad es que ya nos acostumbramos a ella y no sentimos su verdadero peso. Tan acostumbrados estamos que, pese a la humedad de la celda, hemos logrado que no la estropee el moho. Pero en los momentos en que nos ponemos fieras ha servido para golpear las gruesas paredes que nos rodean. En los barrotes de la puerta nos golpeamos. La única vez que lo hicimos cargamos con la peor parte, siempre padecemos la peor, pero esa vez fue mucho más, el ruido que hizo la bola al dar contra ellos nos fulminó el sistema nervioso. Era un ruido penetrante y lo sentía en mi sangre, en los huesos, en las sienes, todo mi cuerpo estaba lleno de ese ruido. Cada vez que me acuerdo un escalofrío me recorre la columna vertebral. De mi compañero de infortunio tengo presente que se tapó los oídos y quiso tenderse en el piso. “Aquí en el suelo se oírán menos”, sentí que dijo. Más tardó en acostarse que en levantarse. El ruido ocupaba todo el volumen de la celda. Se dirigió a la esquina que tenía más cerca y se puso a llorar. Yo deseaba alejarme de él, no era posible, pues desde que lo trajeron lo encadenaron a mí. Más bien me encadenaron a él, pues fue él quien trajo las cadenas. Los carceleros explicaron que esta era una medida de seguridad y la tomaban porque en las cárceles donde había estado

siempre se fugaba; último recurso era encadenarlo, sólo así pagaría sus tantos delitos. Como no había otro lugar más seguro y presidiario disponible, yo fui el chivo expiatorio. Mi repulsa fue para él. Después, con el tiempo, congeniamos. Conforme adquiría confianza me contaba sus correrías. Me confirmó lo dicho por los carceleros que lo llevaron. Afirmó que se fugaría. Esta afirmación me causó humor; después se convirtió en miedo. Me hice miles de conjeturas sobre ello. Luego lo olvidé. Pero esa vez del ruido me enterneció como nunca. Me partió el alma verlo llorar. Era como un niño desamparado, perdido, que sólo se le ocurre llorar cuando se encuentra solo. ¿Y él estaba solo? Quizá estaba solo. Al principio él no me quería decir quién era y por qué lo habían traído, cómo lo habían hecho. Pero lo intuí por su jactancia al hablar de ciertas cosas. El bajo mundo era su vida. Según él, su historia era simple: varios asaltos a mano armada y unos cuantos muertos, habló de ello con una inconsciencia que no sé si me provocó lástima o asco. “Somos iguales —me dijo— pues tenemos los mismos enemigos: la policía, y el mismo objetivo: despojar al que tiene”. Yo sonreí. Traté de explicar las diferencias. El me dijo que no entendía nada, pero que yo le gustaba, que era distinto a otros políticos que había conocido. “Más adelante le explicaré y hará que me entienda”, dije para mis adentros. Esto me confortó. El, al verme callar, me sonrió y agregó: “De acuerdo, ¿no?” Sólo se me ocurrió cerrar un ojo. Sonreímos. Mi desventaja era grande. “¿Cómo se dejó apresar?” —le pregunté. “Dormido” —me contestó. Sonreímos de nuevo y agregó: “Sólo así podían agarrarme, pero ya sé quién sopló mi escondite”. Le pregunté cómo podía saberlo estando preso, y me dijo que a uno de los suyos lo habían soltado cuando él llegó, vio cuando salía y no lo saludó. “Tengo un olfato que ya verá usted, ya lo verá”, —me afirmó levantando la mano que tenía libre.

Este silencio es todo un espectáculo. Pero me da miedo. Si yo hablara en voz alta me causaría pánico. No recuerdo otro silencio igual. Este silencio es único. ¡Qué pureza! Me da miedo. Y a éste se le ha ocurrido dormir como un lirón. No puedo despertarlo porque cuando yo hago lo mismo él me cuida y no me despierta. El problema no es que éste esté dormido, sino que no puedo moverme con facilidad por estas benditas cadenas. La piadosa señora que las regaló ha de estar muy pero muy feliz en lo más mullido del cielo. ¡Me dan ganas de blasfemar! ¿Cuántas regalaría? Aunque hayan sido pocas sirven muy bien. ¡Y en qué forma! Pues aquí estamos mi amigo y yo, en insuperable situación. ¿Insuperable? Ojalá así sea. Cambiaré de posición, esta que tengo es insufrible ya. ¿Y esta humedad? ¡Gerando, despierta! ¡Tienes espuma en la boca! ¡Está helado! ¡También tiene sangre! ¡Está muerto! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Carcelero! ¡Carcelero! ¡Este hombre está muerto! ¡muerto! ¡Carcelerooo! ¡Dios mío, ayúdame, ayúdame!

Hace un momento desperté. No sé cuántas horas dormí, ni qué tiempo pasé sin pensar. Alguien, desde mis adentros empujó los primeros instintos de ideas. Me siento como si me hubieran dado por dentro y por fuera, una paliza de padre y señor mío. Tengo sed y no puedo moverme, si lo hago, arrastro a este o lo cargo hasta el lugar donde está el recipiente con agua.

¡Qué hacer Dios mío? Me siento en pleno desierto Solo Abandonado A Gerardo quizá lo tendré que arrastrar No, mejor no lo toco, hiede un poquito Oigo ruidos de agua que corre por riachuelos Tengo sed Yo lo arrastro No, es cristiano, mejor lo cargo ¡Peio caigar a un muerdo! ¡Dios mío, dame fuerzas! ¡Dame valor! ¡Ayúdame! Mejor lo arrastro Peio es que Esta maldita sed que me viene cuando estoy ¡Dios mío, tu nunca has estado en una cárcel!

El agua me sentó bien Me siento mejor No pesaba mucho este Gerardo Era más pesado mi miedo ¿De qué morría? No estaba viejo ¡No dar-me cuenta de nada! Quizá me llamó cuando yo dormía Quizá ni él se dio cuenta que morría Este sí es aprieto Sólo falta que hoy, día de visita del carcelero, éste no venga y se amuele todo completamente

¡Sólo eso faltaba! Hoy si me cargó la gran Antes, cuando uno de los dos teníamos deseos, bastaba que uno en lo que el otro hacía el acto viera para otro lado Nos cambiábamos un par de bromas y todo paraba ahí Peio ahora es distinto Ya no me importa caigar de nuevo al difunto, no, sino el respeto que se merece la gente que ya ha sido juzgada por el creado! Toma! agua no es nada, pero esto sí que es problemático ¡Dios mío, mejor máta-me de una vez! Ya basta, basta, ¡basta tanta injusticia! Me dan ganas de blasfemar! Pero quizá no ganaré nada con la blasfemia Es imposible detener esta necesidad Me né a la esquina y Tienes que dispensarme, Gerardo, pero no aguanto más Tienes que dispensar, Gerardo Esta encadenada que nos han dado tienes que peidonarla También tienes que peidonar que esta vez te haga arrastrar los pies, pero es que si te caigo me no se como decir ¡Perdóname, Gerardo! ¡Carajo, que sucio es el mundo!

Cuando los vi quitando llave a la reja me dije “Y vienen tres, sólo falta que el muerdo a mí me lo echen” Pero no, no les importó el muerdo, sino comprobai que lo estaba ¡Jamás había visto tanto salvajismo en personal! ¿De qué está hecho el hombre? ¿De qué estoy hecho? Eia para morirse y aquí estoy en vida, con un nudo en la garganta La muerte era lo preferible después de ver la escena que presencié Y yo, atado a él Los dos con las cadenas puestas Y la bola lustrosa reflejando figuras deformadas, horribles, espantosas Aquel acto, aquella escena venida de la más primitiva, de la más antigua, salvaje e indecible actitud antihumana, aquí la tengo en la mente, bien grabada, exacta, precisa, martillándome Parecían conquistadores marcando a sus esclavos En la punta de la nariz tengo el olorcillo a carne quemada ¡Es horrible este mundo de mierda! ¡Que me importa estar oyendo a este viejo que promete darme la libertad si le hago andar sus máquinas que sólo yo conozco! ¡Qué me importa discutir el precio de esta libertad si es falsa! La realidad es otra, aunque el juez le haya dado el juicio y lo partamos en dos y yo tenga mi mitad y él la suya La cuestión es otra, no es ni de libros, ni de papeles membretados, ni de teorías, ni de nombres respetables, honorables, ni de discusiones, ni de juicios judiciales, ni de un ¡Hoy si blasfemo! ¡Ni de un Dios salvaje! Nada divino La cuestión está en que

a un hombre le pusieron un hieno al ojo vivo en los ojos, en los testículos, en el pelo, en muchas partes del cuerpo Y todo para ver si estaba muerto ¡Y lo estaba! es cierto, ¿pero no hay otros medios de comprobar la muerte? Me dan ganas de gritar que yo lo maté, así no me sacan de aquí y me regresan a esa mazmorra que acabo de dejar, ¡es más limpia! No sé qué digo No sé qué hacer ¡Qué hago?

Si, voy a aceptar lo que me propone este viejo Es mejor Si más pronto me alejo de esta pesadilla, mejor me sentiré y podré hallar respuesta, la respuesta precisa

—Entonces ¿aceptas lo que te digo?

—Sí, voy a dejar esta pesadilla y

—¿Qué dices?

—Nada No digo nada Es algo sin importancia

